

## EL PROGRAMA DE REAGAN PARA LA CUENCA DEL CARIBE

James Petras\*

El programa del presidente Reagan para el desarrollo económico de la que se ha dado en llamar la "Cuenca del Caribe" se apoya en un conjunto de supuestos que poco tiene que ver con la realidad histórica o con la vida actual. El programa económico no contribuirá al desarrollo de la región ni a reducir los conflictos políticos y sociales. En esencia, no ataca las características estructurales profundas que causan esos conflictos; además, hay defectos fundamentales en sus hipótesis acerca de las relaciones entre la política y el desarrollo, el Estado y el mercado. En última instancia, el "paquete" económico, aunque adornado con el lenguaje pragmático de una preocupación por el desarrollo económico, sólo encubre una mayor intervención militar. El probable fracaso del programa y la incapacidad de las propuestas económicas para resolver las grandes cuestiones económicas y sociales prepararán el terreno para las soluciones militares desembozadas. Los fracasos se atribuirán a la subversión; en el discurso ya aparece una alusión abierta a tal eventualidad ("Nuestro programa económico y social no puede funcionar si nuestros vecinos no logran proseguir en paz la búsqueda de su propio futuro económico y político . . ."). Las propuestas incluyen triplicar la ayuda militar y, en la sección final, se refieren ominosamente al Tratado de Río de Janeiro, de 1947, que habla de la "responsabilidad por la defensa recíproca", es decir, la intervención militar directa.

El programa de Reagan se basa en una serie de afirmaciones acerca de la relación entre Estados Unidos y América Latina que enmascaran los conflictos básicos que la han definido, y que aún hoy la definen.

Al citar el legado común de ambas regiones ("somos todos americanos"), Reagan omite analizar los varios decenios de intervención armada o de participación indirecta que le permitieron a Estados Unidos definir las economías y los gobiernos latinoamericanos. En ese sentido, el único reconocimiento aparece en una referencia casual ("sí, a veces hemos sido arrogantes e impacientes con nuestros vecinos"). La creación de economías de monocultivo por las empresas estadounidenses, la captura de los mercados por los fabricantes exportadores, el control de las finanzas externas en manos de los bancos transnacionales de Estados Unidos; todo queda subsumido en el mayestático "nosotros los americanos . . ."

Se reduce uno de los principales problemas de la región (la deformación y el desequilibrio de las economías dependientes del capital extranjero) a un mero asunto geográfico: "por buenas que fueran nuestras intenciones, nuestro propio tamaño podía hacer parecer que ejercíamos una suerte de paternalismo".

La contradicción entre las aspiraciones hegemónicas del actual gobierno de Estados Unidos y las estrategias para un desarrollo indepen-

---

\* Profesor del Departamento de Sociología de la Universidad Estatal de Nueva York, en Binghamton.

diente que siguen México y Canadá hicieron fracasar el gambito inicial de Reagan: la propuesta de un mercado común que abarcara a los tres países. Es irónico que Reagan cite esta propuesta fallida para apoyar sus argumentaciones acerca de . . . la estrecha vinculación entre todos los americanos.

Tanto en México como en Canadá, los gobernantes saben claramente que un "mercado común" bajo la tutela de Washington beneficiaría más allá de toda duda, a la potencia financiera e industrial más fuerte. La suerte que corrió la propuesta debilita, en lugar de reforzar, el llamado de Reagan en favor de una mayor integración en la Cuenca del Caribe.

Como no es capaz de desentrañar la esencia de la relación estructural histórica entre la región y su país, y como no entiende la naturaleza y el resultado de sus programas regionales anteriores, Reagan echa toda la culpa del "desastre económico" de la región al aumento de los precios del petróleo. Es indudable que este aumento ha contribuido a exacerbar muchos de los problemas de la Cuenca; empero, no es suficiente para explicar la caída del crecimiento, de las reservas, de los créditos. La región es vulnerable ante las fluctuaciones de los precios debido a que depende de cultivos únicos para obtener divisas, y esta dependencia ha sido promovida y estimulada por las políticas, los prestamistas y los intereses comerciales de Estados Unidos. Además, las mismas críticas que Reagan hace al aumento del precio del petróleo pueden formularse contra los productos industriales que la región importa de Estados Unidos: los precios de la maquinaria y los insumos agrícolas han aumentado mucho más rápidamente que los de los productos primarios. Por otra parte, las altas tasas de interés y los cortos plazos que han impuesto los bancos comerciales de Estados Unidos incrementaron sobremedida el pesado endeudamiento de la región. Ninguno de estos temas (los términos de intercambio, las condiciones de los préstamos o la transferencia de tecnología), que contribuyen a lo que Reagan describe como un desastre económico, se mencionan en su programa ni en su discurso. Curiosamente, él mismo refuta su argumento acerca del precio del petróleo como causa del desastre cuando, en el párrafo inmediatamente anterior, alaba a los villanos ostensibles: "México y Venezuela (exportadores de petróleo) están ayudando a compensar los costos de la energía para los países de la Cuenca del Caribe . . ."

## LOS SEIS PUNTOS DE REAGAN

El programa económico de Reagan consta de seis partes: 1) el libre comercio; 2) estímulos fiscales a los estadounidenses que inviertan en la región; 3) 350 millones de dólares en ayuda; 4) asistencia técnica para el sector privado; 5) coordinación con otros países, y 6) medidas especiales para compensar a Puerto Rico y a las Islas Vírgenes por las pérdidas que pudieran sufrir como consecuencia del programa. Las cuatro primeras medidas son esenciales para la nueva estrategia.

La dogmática creencia de Reagan en la "magia del mercado" le impide comprender la dinámica de los conflictos sociales en la región. América Central experimentó, efectivamente, un rápido crecimiento de 1950 a 1975, cuando se expandieron sus mercados y los cultivos comerciales. Fue precisamente este crecimiento del mercado libre (protegido por regímenes dictatoriales) el que generó las desigualdades sociales y regionales, el despojo masivo de tierras a los campesinos y la polarización social, el que condujo, en fin, al agudo enfrentamiento político. Estas consecuencias políticas son, justamente, las que socavan todo esfuerzo para que los partidarios del mercado libre inviertan en la región por lucrativos que parezcan los estímulos fiscales. Es paradójico que el crecimiento desenfrenado, inducido por el mercado, haya creado las condiciones que hoy atentan contra las inversiones de largo plazo y en gran escala, provocando la crisis económica que condujo a incrementar el gasto público de Estados Unidos. Reagan ha caído en la misma política que imputa a los liberales: enfrentarse a los problemas arrojando a manos llenas el dinero del Estado. A menos que se resuelvan los problemas estructurales subyacentes —reestructuración de la propiedad de la tierra, del comercio, del crédito— los nuevos fondos se dilapidarán en una maquinaria burocrática ineficiente, cuando no se transfieran a cuentas bancarias en el exterior.

Si un acuerdo político es un requisito previo indispensable para que el programa económico funcione, como sostienen algunos críticos liberales de Reagan, ese acuerdo sólo puede alcanzarse si se reconocen las profundas aspiraciones de transformación social y económica de los perjudicados por el modelo de mercado. Los críticos liberales que hacen hincapié en la necesidad de un acuerdo político previo no reconocen las raíces socioeconómicas del conflicto político; en un nivel más profun-

do, al apoyar el aspecto económico del programa de Reagan, no toman en cuenta las consecuencias destructivas y desgarradoras forjadas por la economía de "mercado libre" durante los últimos 25 años.

Dados los profundos conflictos y cambios que ocurren en esa región, no es sorprendente la masiva fuga de capitales: se han sacado más de 2000 millones de dólares desde fines de 1979. La ayuda de 350 millones y la asistencia técnica son un paliativo inadecuado para una fuga de tales dimensiones. El programa de ayuda no revitalizará a la economía. Los asesores técnicos estadounidenses no pueden reemplazar a los gerentes y técnicos que se han ido; en el mejor de los casos, los préstamos de Estados Unidos pueden mantener a flote a los regímenes durante un corto tiempo, o subsidiar a algunas industrias exportadoras en declive, pero no pueden proporcionar la base para reactivar las economías.

El efecto de la ayuda se diluirá más aún porque debe filtrarse a través del estrato superior de una estructura de clases y un aparato estatal plétórico de corrupción y venalidad; la filtración hacia abajo será mínima. En tales circunstancias, los suministros se acapararán y se venderán a precios de mercado negro; los funcionarios del ejército estarán en condiciones de fraguar préstamos para inexistentes proyectos de desarrollo, depositando el dinero en el exterior. El resultado final será reforzar la injusta estructura de los ingresos, fortalecer el aparato represivo, incrementar la rivalidad entre los militares por disfrutar las sinecuras del poder, y ampliar la brecha entre conscriptos y oficiales.

Reagan propone estimular las inversiones mediante incentivos fiscales; esta presunta panacea para el desarrollo, sin embargo, tiene varios defectos. Las inversiones y los préstamos estadounidenses, estimulados por los sátrapas militares vernáculos con sus propios incentivos lucrativos, efectivamente mecanizaron la agricultura y financiaron los cultivos comerciales, desplazando a los trabajadores rurales obligándolos a vivir apiñados en los barrios pobres de las ciudades, empujándolos a ingresar en los sindicatos organizados por católicos y socialistas, que surgen como hongos y participan activamente en la política. Del mismo modo, los nuevos inversionistas desarraigaron a las comunidades indígenas y a los pequeños campesinos, al tiempo que las inversiones industriales no absorbí-

an la mano de obra excedente, todo lo cual incrementaba la tensión política. Fueron la inversión y el crecimiento privados los que engendraron la crisis actual, y no los estancados sistemas feudales. Suministrar más dosis de la misma medicina sólo puede reproducir la enfermedad; crecer mediante el desarraigo, el desplazamiento y la explotación de la mano de obra perpetuará el conflicto.

Además, los estímulos a la inversión no tendrán efectos si no hay un mercado interno adecuado; dados los deprimidos niveles de vida, es seguro que no lo habrá. Por otra parte, invertir sólo para exportar presupone que se expanda el mercado estadounidense, supuesto dudoso en esta época de recesión cada vez más profunda.

Por último, aun si los mercados externos fueren una realidad, los incentivos fiscales no pueden compensar las pérdidas ocasionadas por la contienda civil. La estrategia presupone precisamente lo que quiere resolver: estabilidad política para atraer a los inversionistas.

Además, la inversión privada no responde sólo a estímulos fiscales, estabilidad política y una demanda efectiva; también necesita infraestructura, trabajadores alfabetizados y muchas otras condiciones que el sector privado no puede (o no quiere) tomar a su cargo, porque no son rentables. La intervención y la inversión estatales en gran escala y a largo plazo siempre fueron, y siguen siendo, un requisito imprescindible; deben preceder y acompañar a la inversión privada. Contrariamente a lo que propaga el folclore reaganista, el instrumento que estimuló la actividad del mercado en Corea del Sur y en Brasil fue la gran participación estatal, y no la magia. La inversión estatal en gran escala aseguró el éxito de los esfuerzos privados iniciales, y sigue apoyando a los florecientes mercados internos; las exportaciones sólo son un aspecto, aunque importante, del desarrollo.

La administración de Reagan presenta su propuesta de libre comercio como un gran favor para los países centroamericanos y del Caribe, pero en realidad es una espada de dos filos: aunque se la formula para facilitar el ingreso de bienes, sobre todo primarios, a Estados Unidos, también estimulará la exportación de manufacturas de este país a la región, lo cual perjudicará a sus incipientes industrias nacionales, que seguramente no estarán en condiciones de competir con las empresas estadounidenses.

En lugar de señalar nuevos caminos, el programa de Reagan reafirma la política económica y las relaciones estructurales tradicionales que Estados Unidos ha impuesto en la región. El libre comercio y el libre flujo de capitales transnacionales han sido característicos de nuestra relación. Como lo admite el propio Reagan, 87% de los productos ya están libres, de restricciones arancelarias. Además, la evidente exclusión de textiles y vestido impide a estos países aprovechar una de las pocas líneas nuevas de producción que podrían emprender para exportar. En resumen, la propuesta ofrece pocas oportunidades, o ninguna, de aumentar la exportación.

En total congruencia con las permanentes posiciones de Washington en los debates sobre un Nuevo Orden Económico Internacional y en las reuniones Norte-Sur, Reagan no menciona esfuerzo alguno por mejorar los términos de intercambio, garantizar un precio mínimo a los productos primarios o vincular sus precios a los de los productos manufacturados estadounidenses. La caída de unos pocos centavos en los precios que paga Estados Unidos por el café, el algodón y el azúcar compensan con creces la nueva ayuda propuesta.

Las relaciones comerciales no pueden analizarse sin considerar los aspectos crediticios y financieros. Uno de los principales factores que han contribuido a desestabilizar a la región es el de las tasas de interés, permanentemente altas, que acompañan a la creciente importancia de la banca privada en el financiamiento de los programas económicos de Centroamérica y el Caribe: esas tasas drenan recursos del desarrollo interno y contribuyen a la crisis de las balanzas de pagos. El financiamiento de corto plazo entraña la imposibilidad de emprender las inversiones básicas de largo plazo que serían necesarias para promover una estrategia de diversificación de las exportaciones. Reagan no ofreció alivio alguno para el problema de la deuda; de hecho, sus propuestas presupuestarias, que provocaron las altas tasas de interés vigentes en Estados Unidos, están atrayendo capitales del Caribe y de América Central hacia ese país, sobre todo hacia la floreciente comunidad bancaria de Florida. En realidad, esa huída de capitales es una de las principales razones de la gran emigración, legal e ilegal, de desocupados de la región hacia Estados Unidos; no lo es, en cambio, la amenaza roja que han traído a cuento recientemente Reagan y su Secretario de Estado para defender su política militar. Con el

objeto de lograr apoyo interno para la ayuda militar a la región, ambos suelen evocar la imagen de las hordas de pobres latinos centroamericanos y negros caribeños que invaden el mercado de trabajo de Estados Unidos. A pesar de ello, según admitió un vocero del Gobierno, la correspondencia recibida en la Casa Blanca contiene opiniones contrarias, en una proporción de veinte a uno, a la política de ayuda militar a Centroamérica.

Aun suponiendo que la liberación arancelaria tuviera algún efecto positivo en las exportaciones de la región, esa política sólo beneficia a los propietarios de los cultivos de exportación y no mejora directamente los niveles de vida de la mayoría desposeída que trabaja en los campos y en las ciudades, a la cual le importa poco el volumen total de ventas. En ese sentido, las ideas que sustentan a la propuesta para la Cuenca del Caribe ni siquiera se acercan al grado de reformas que preveía la Alianza para el Progreso, hace veinte años, cuando se reconocía la necesidad de que la reforma de las estructuras internas acompañase a los esfuerzos por liberar el comercio, para que los beneficios de esta última política no quedasen sólo en manos de la élite agroempresarial.

## CONCLUSION

En esencia, el programa de Reagan de ayuda al Caribe y América Central reafirma las políticas vigentes de Estados Unidos y refuerza las relaciones actuales entre su país y la región y las estructuras socioeconómicas internas de ésta. Al reiterar el dogma de que los movimientos y gobiernos de la región que procuran cambios socioeconómicos profundos están "respaldados por los soviéticos" y "manejados por los cubanos" (es decir, por grupos foráneos "ajenos a nuestro hemisferio"), Reagan favorece la respuesta militar ante los fracasos pasados y presentes de las economías de mercado libre. Si las políticas económicas no ofrecen esperanzas para la región, el aspecto original de la propuesta de Reagan radica en el enorme aumento de la ayuda y el entrenamiento militares: para los ejercicios fiscales 1981-1983 se han presupuestado, o se solicitarán, 328 millones de dólares con esos fines. Así, el paquete económico no es más que un cascarón que envuelve un enfoque esencialmente militar de los problemas de la región; debido a la generalizada oposición de la opinión pública estadounidense a planteamientos anteriores, puramen-

te militares, parece que el gobierno intenta dar un "barniz económico" a sus esfuerzos por armar a sus clientes.

Como era previsible, algunos miembros liberales del Congreso y exfuncionarios de la administra-

ción de Carter han intentado distinguir entre el programa económico y el militar, sin darse cuenta de que la inadecuación del primero exige la presencia del segundo.